

CAUSAS DE LA PERFECCIÓN

DE LA

LENGUA CASTELLANA

EN EL SIGLO DE ORO DE NUESTRA LITERATURA

DISCURSO

LEÍDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA SESIÓN PÚBLICA DEL 9 DE MAYO DE 1886

SEÑORES:

Si para llegar al puesto eminente á que me ha encumbrado vuestra benevolencia no se necesitase más que amor decidido y entusiasta á lo que es objeto principal de vuestras tareas y estudios, yo confieso que no habría desmerecido la honra de sentarme entre vosotros.

Aunque nacido bajo un cielo donde suenan como extraños y advenedizos los nobles acentos de la lengua castellana, impulso misterioso me inclinó desde los primeros años al cultivo de este idioma hermosísimo, gozándome en la lectura de los escritores que supieron emplear mejor sus galas y adornos y

contemplando con singular admiración los tesoros de sabiduría y de elocuencia que en ellos están encerrados. Más tarde, cuando la reflexión y la edad abrieron la puerta al estudio, y cuando trasladado al suelo de Castilla pude recrear el oído con la armonía majestuosa de nuestra habla, y verla, no ya muerta en los signos de la escritura, sino viva en los labios y ostentando la pompa de sus atavíos en las calles y plazas, á la luz del sol y con todo el señorío y libertad que le presta la humana inventiva, el amor, que hasta entonces había sido instintivo y espontáneo, comenzó á ser advertido y deliberado, y las gracias y riquezas que, recatadas y como encubiertas, habían ya solicitado mi afición, al manifestarse claramente á los ojos la cautivaron de todo punto, apasionándome de tal manera por la hermosura de esta lengua, que no hubo excelencia que no creyese descubrir en ella, ni grandeza ó prerrogativa de que no la considerase adornada.

Magnífica y grandilocuente, juntando en los rasgos de su fisonomía la belleza de los idiomas clásicos con la brillantez de colorido de los orientales, presentóseme esmaltada con las perfecciones más aventajadas con que se enaltece el habla de un pueblo. En los monumentos levantados á su gloria y por la eficacia de su virtud hallé reunidas, en consorcio admirable, la nobleza de la idea y la expresión más gallarda de la forma, los colores más ricos de la imaginación y los tesoros más delicados del sentimiento, los esplendores de la materia y los deleites más apacibles del espíritu. Y en la abundancia incalculable de sus palabras, en la variedad de sus modos de decir, en sus sales y donaires, en la energía varonil de sus frases y geniales expresiones, en la facilidad, en fin, con que se acomoda, así á los movimientos más vehementes de la elocuencia como á la declaración de los sentimientos más suaves y tranquilos del alma, admiré tantas grandezas y perfecciones, que no pude

menos de tenerla por la hija más afortunada de aquella matrona nobilísima, que, salida del Lacio, acompañó al pueblo romano en sus descubrimientos y conquistas, heredera de su augusta majestad, maestra de toda urbanidad y cortesanía, archivo de todo primor y gentileza.

Tal y tan grandiosamente enriquecida apareció á la vista de mi espíritu el habla castellana; y cuando, arrebatado ya y encendido en el amor de su soberana hermosura, caí en la consideración de que esta lengua, tan bella y magnífica, era, no solamente el instrumento de que se ha servido nuestro pueblo para la declaración y comunicación de sus ideas, sino también la obra más espléndida de su actividad, el conjunto y resumen de todos los pensamientos y afectos que le han agitado en el curso de su historia, el símbolo y la enseña de cuanto es sinceramente español y el magnífico trasunto de lo más íntimo, más genuino, más singular é idiomático que hay en nuestro ser, el entusiasmo salvó todos los límites, y juntándose el santo amor de la Patria á los placeres más puros del arte, me sentí atraído á esta lengua por el afecto más dulce y por el amor más noble y entrañable del alma.

Por desgracia, esta afición, que pudiera ser principio de hechos grandes y generosos, hubo de ser desaprovechada y estéril, y si pudo engendrar en mí castos y suaves deleites, hubo de entreverar también en estos mismos deleites tristes desalientos y amargos desengaños. Porque si, enamorado de las bellezas que veía en nuestros grandes escritores, intenté alguna vez seguir sus huellas y traspasar á mis ensayos de escritor las galas de su estilo y los primores del arte en que fueron tan excelentes, pronto me desengañé de que tal empresa no estaba guardada á mi ingenio, viendo ajarse entre mis rudas manos aquellas flores de hermosura y pagando con la tristeza del desaliento la pena debida á mi temeridad y osadía.

Yo no sé si esta mi afición desventurada y el esfuerzo por emular el arte de nuestros buenos autores, ya que no la dicha imitarlos, se echan de ver en los pocos escritos en que mi pluma se ha ejercitado. Si así fuese, y si esto hubiese atraído vuestras miradas hacia mi persona y moviéndos á levantarla del retiro en que merecidamente yacía á la esfera de gloriosa luz en que vive esta Academia, nadie habrá ciertamente que deje de confesar que en este caso vuestra condescendencia ha pecado de excesiva, otorgando á los buenos deseos y á las aspiraciones generosas lo que sólo debiera concederse á obras excelentes y á méritos esclarecidos.

Como quiera que esto haya sido, á mí no me toca más que agradecer el honor que se me ha entrado por las puertas, confesando la deuda contraída con vosotros y la obligación en que me habéis puesto de esforzarme por aparecer en adelante menos indigno de vuestros favores.

Acrecienta y sube de punto mi confusión y gratitud la circunstancia de suceder en esta Academia á un varón insigne que, no con ensayos ó estudios de mero aficionado, sino con obras que vivirán perdurablemente en nuestra literatura, alcanzó este puesto de honor y no dejó de honrarlo y enaltecerlo mientras que se sentó entre vosotros. Nunca le traté, ni aun le conocí siquiera de vista. Pero ¿quién que haya leído las obras de D. Antonio García Gutiérrez no ha admirado las dotes extraordinarias de su ingenio, la viveza de su fantasía, la fecundidad de su numen poético y, más aún, la hidalguía de sus sentimientos y la nobleza de su alma? En los primeros pasos que dió por la senda que había de conducirle á campos de tanta gloria, debió poco á la educación y al estudio, menos á la fortuna, casi todo á su riquísima naturaleza. Sintiendo en sí aliento para remontarse á las más elevadas alturas, por natural impulso tendió sus alas, y del primer vuelo se encumbró á las

esferas más sublimes del idealismo poético, y en ellas perseveró hasta edad muy avanzada, sin cansancio ni decaimiento, conservando siempre la flor de su lozanía y la juventud eterna del alma. Profundamente patriótico y popular, representó las dotes más características del ingenio español; en la bizarría de su lenguaje, en la brillantez de su fantasía y en la fuerza y espontaneidad de su ingenio traía á la memoria los tiempos más gloriosos de nuestra literatura; y en el espíritu que íntimamente penetra sus creaciones, vimos reflorar las cualidades que más enaltecieron á los escritores ilustres que en la era más grande de nuestra historia nacional fueron alto honor de la poesía dramática en España.

Al suceder en la Real Academia Española á varón tan famoso, cúmpleme declarar que, si entrar en este santuario de las letras sería para mí honra insigne acreedora á suma gratitud, entrar en él para ocupar la plaza que dejó vacante el Sr. García Gutiérrez es honor tal, que no puede menos de halagar el corazón y llenarle de noble orgullo. Porque al derramarse por el ámbito de España la luz de este nombre, no hay duda que se esparce y asienta principalmente sobre la silla que él dejó vacía y sobre la persona que tiene que ocuparla, y la medalla que adornó su pecho, al colocarse sobre el mío, parece que viene á comunicarle alguna parte de la gloria que él le prestó con su contacto. Gracias, señores, por este honor; muchas gracias por el hermoso reflejo con que habéis querido iluminar la oscuridad de mi nombre.

Os he dicho que el del Sr. García Gutiérrez trae á la memoria los tiempos más ilustres de nuestra literatura. Solicitado por tales recuerdos y aguijado al par por mis aficiones de que ya os he hablado, no extrañaréis que no acierte á distraer el pensamiento de aquellos tiempos venturosos, y menos os causará admiración que, habiendo de hablar en presencia de la

Academia, que tiene á su cargo la empresa de velar por la pureza de la lengua española, elija por asunto de mi discurso el estado ó punto de perfección á que lograron levantarla los autores que tan vivamente trae á nuestra memoria el Académico difunto.

El siglo en que vivieron estos autores fué, en verdad, la época más brillante de nuestra habla; aquél el período de nuestra historia intelectual, que es á la vez nuestro ejemplo y nuestro orgullo. En él tienen puestos los ojos cuantos desean conocer la riqueza de nuestro idioma y penetrar la grandeza, variedad y hermosura de que es capaz cuando es tratado por plumas hábiles y por ingenios sobresalientes. Allí tiene también la Academia la luz para sus trabajos y la prenda de sus aciertos. Los escritores de aquella gloriosa edad difieren, como no puede menos de suceder, en las dotes del ingenio, en la doctrina, en el arte de escribir; pero en todos, aun en los más humildes, resplandece igual pureza y hermosura de lengua, el mismo castizo vigor de estilo, idéntica fuerza, ruda á veces, pero viva siempre, briosa, genial de la frase. Este es su caracter general; esto es lo que les constituye para nosotros norma del estilo, regla del bien decir, criterio y fundamento de clásica belleza. Pero ¿de dónde les vino á estos escritores este elemento de fuerza, vigor y hermosura? ¿De dónde partió el impulso generoso que los llevó á tan sublime dignidad y alteza? ¿Cuál fué la chispa eléctrica que conmovió tan íntimamente el genio español que le dispuso y habilitó para creación tan maravillosa de lenguaje y estilo? ¿Dónde, en fin, está el secreto de la belleza extremada del estilo de aquellos libros cuya lectura jamás nos cansa, y que son juntamente nuestro deleite y nuestra desesperación?

Sin duda alguna, más de una vez, Sres. Académicos, os habréis hecho estas preguntas. Acostumbrados á estudiar las vi-

cisitudes y particularidades de nuestra habla, tal como vive en nuestros más preciados monumentos, habrase parado vuestra atención en este fenómeno, el más bello seguramente que ha ofrecido en la historia de su desenvolvimiento secular. Yo desearía, como he dicho, detenerme por unos instantes en el estudio de este fenómeno y contestar á aquellas preguntas. Sé que nada nuevo tengo que deciros; pero me daría por satisfecho si lograra adivinar las ideas que en este instante bullen en vuestras inteligencias y decir en alta voz lo que calladamente estáis diciendo en lo oculto del pensamiento. Á esto no más se ciñen mis aspiraciones; y como el asunto es tan conforme con vuestros gustos, me atrevo á esperar que lo que voy á decir ha de ser recibido por vosotros con agrado y benevolencia, á la manera que solemos oír con deleite al que nos habla de aquello que satisface nuestras aficiones y se conforma con nuestros pensamientos y halaga los afectos de nuestro corazón, siquiera nos cuente cosas y perfecciones y merecimientos que estamos hartos de saber, y aunque los refiera en estilo tosco y desaliñado.

I

Brota la palabra en nuestros labios cuando la acción ó influencia de las ideas que impresionan nuestra alma se ha levantado á tal grado de intensidad que, no pudiendo contenerse en los límites en que fueron engendradas, salen á lo exterior para comunicarse á los demás y derramar por defuera la luz en que están envueltas y el calor en que están encendidas. Al realizarse esta revelación admirable, no hay en nosotros facultad que no contribuya á dar á la forma de nues-